Comentario bíblico Evangelios 4 y 11 de noviembre

La escena del diálogo entre Jesús y el escriba se enmarca en un contexto polémico. Diversos grupos de líderes judíos han estado haciendo preguntas a Jesús para tenderle una trampa. Entre ellos estaba este escriba que ha presenciado las discusiones. Algo en su interior, no obstante, le ha hecho separarse de su grupo y acercarse a él.

EL MANDAMIENTO PRINCIPAL

Desea conocer su opinión acerca de un tema debatido en aquella época: cuál debía considerarse el mandamiento principal. En su respuesta, Jesús acude a la Escritura y le recuerda algo que conoce muy bien: El primero es: "Escucha, Israel, el Señor es el único Dios". No se trata de acumular mandatos y normas, sino de escuchar, de mantener atenta la mirada y abierto el oído para buscar la voluntad del Dios que se revela, una voluntad que apunta al amor como motor único de todos los pensamientos y acciones de la persona. Sin ello, ningún otro mandamiento cuenta.

El escriba elogia a Jesús por su respuesta; más aún, la repite y reelabora añadiendo algo: que el amor vale más que todos los holocaustos y sacrificios. Para el escriba este añadido es importante. Indirectamente se sitúa al lado de Jesús en su crítica al culto vacío y se desmarca de los dirigentes judíos para quienes los holocaustos y sacrificios eran muy importantes. Jesús reacciona positivamente: no estás lejos del Reino de Dios. El escriba se ha mostrado dispuesto a invertir su escala de valores para adherirse al camino de Jesús. Pero esto es solo el inicio de un proceso. Está cerca del Reino; para estar en el Reino debe dar un paso más, un paso al cual se apunta en el texto evangélico que se leerá el domingo siguiente.

LA VIUDA ENCARNA LOS VALORES DEL REINO

El relato del escriba ha finalizado con el silencio de todos los presentes. Jesús lo aprovecha para criticar abiertamente la rapacidad de los maestros de la ley, su frivolidad y la opresión que ejercen sobre los desvalidos. Nadie debe mirarse en ellos ni imitarlos. Tras estas palabras, repentinamente, vuelve la mirada hacia el arca de las ofrendas donde una viuda ha depositado todo lo que tiene para vivir. La mujer ha pasado desapercibida para todos menos para Jesús que parece conectar con lo que ha hecho; más aún: llama a sus discípulos y les invita a aprender de ella. Su gesto está teñido de derroche y gratuidad; parece excesivo e inútil. Sin embargo, para Jesús ella ha dado más que nadie porque, al darlo todo, ha dado su propia vida. Es la mujer y no los escribas quien encarna los valores del Reino, quien confía, quien no piensa con categorías limitadas y actúa sin temor ni miedo. Y así, en ese gesto, desvela el camino de Jesús y el que han de recorrer aquellos que le siguen.